

FESTEJOS SEPTEMBRINOS EN MURCIA Y SU REGIÓN

Fulgencio Saura Mira

II

CARTAGINESES Y ROMANOS

La Federación de Tropas y Legiones de la ciudad de Cartagena abunda cada año en la completa renovación de realizar este festejo recordatorio de su auténtica crónica histórica y ello desde que unos visionarios supieron darle vida, presintieron el nacimiento de un espacio lúdico dentro del mes septembrino, para alumbrar, de nuevo, el vigor de su carácter, pronunciando cada año su nombre: el de Qart-Hadast, Carthagonova romana, Cartagena con su puerto abierto a los cuatro vientos, y en cubierto con su legado púnico, con su movimiento y tráfico portuario, donde se respira el aroma de la mar, como inicio de una amplia aventura, periplo, en todo caso de un Avieno pletórico de secuencias y anécdotas, para ir contando su historia en todo tiempo, buen momento para la hechura de su festejo, el que cala más hondamente en el corazón de sus vecinos. Porque es el que fundamenta su origen y dichosos los pueblos que vuelven al origen, donde habitaron sus dioses, donde vivieron y murieron sus antepasados, donde, como dice Cicerón, los hombres retornan a la religión de sus padres.

Por eso, desde estas páginas quisiera dar cabida a todo el esquema de algo que esta ciudad marina vuelve a retomar anualmente, incorporándolo a su mensaje y a su cultura lúdica, como atrayente desparpajo de algo que anida en el alma de cada uno de sus habitantes, que se sienten unidos a la tropa cartaginesa o del lado de las legiones romanas; que en

todo supuesto, vibran con estos espectáculos que hacen que la ciudad se resista a perecer en manos de Roma; que ensalza, desde la otra zona de la historia inacabada, a Aníbal como el vencedor imaginario y que muestra su amplia y coqueta sensualidad de sus hembras para colmar los deseos sibaritas de los emperadores: los anhelos de la familia de los Publio Scipión... Todo un complejo recurso en esta tierra marina y salinera, tierra minera y con voz de troveros empecinados en que se cante su entorno y se limite al término: una tierra, un paisaje de viejo molino que nos habla del monumento al campesino. ¡Qué belleza!

Alguien lo ha dicho... «Cartagineses y romanos son algo más que una fiesta, son las raíces de nuestro pueblo, el origen de nuestra cultura...»¹².

El llamamiento a estos festejos del escritor cartagenero, de carácter universal, Pérez Reverte, ya lo pone de manifiesto en su pregón, argumentando literariamente el cúmulo de rasgos y la belleza de la ciudad acogedora. Y uno mismo, cuando roza el calor de los integrantes, en este tinglado, siente la raza, el empaque de una fiestas que en realidad son algo más...¹³

A mí me parece que este odio ancestral del cartaginés hacia Roma, la imperial conquistadora, se queda como atávica envoltura que se va gestando a lo largo de los siglos, pero no como edición bélica, sino como muestrario de un coloquio largo y tendido a lo largo de la historia. Y esto es bueno para buscar la filosofía de su vocación histórica, para encumbrar los rasgos de un pueblo indomable, heroico, base de nuestra cultura; de Cartago, la ciudad de los Barca, la urbe en la que se

12. M. Rosario Juaneda (Cronista Año V).

13. Pérez Reverte, escritor cartagenero, pregón sobre estos festejos.



“Teatro romano y catedral antigua”.

apostentara Aníbal, desde donde salió para cubrir su ruta por los Alpes contra Roma. Aquél intrépido vencedor que emula las indudables hazañas de tantos sustanciales personajes al que admiraba el mismo Napoleón...

Pero aquí se trata de una pugna que simula un espacio histórico comprensivo del siglo III a. de C., donde anima una causa en especial, como es la consolidación, por un lado de Roma, de abundantes términos municipales y de otro, la enjundia de un pueblo por defenderse frente al invasor. La urbe de Rómulo y Remo deseando apabullar la mente de otros pueblos a los que irá dominando lentamente, para convertirse en señora del orbe, y de suyo España. La península ibérica irá soportando la carga del forastero, lanzándose en llamas en Sagunto ante sus enemigos, for-

talesciéndose por el ardor de unos hombres sumisos y nunca queriendo someterse. Éste es el drama que procura, la historia en los albores de nuestras crónicas más entrañables, que nos infunden el deleite de un aroma de aproximación a nuestras más férreas raíces. En este caso el mundo de Cartago, con toda su cultura que se filtra en nuestros lares, en la ancestral Cartagena, bajo la égida de los Amilcar Barca, Asdrubal y Aníbal, que se plantarán en sus aguas para hacer frente al padre de Cornelio, Publio Escipión, pergeñando estratagemas y fortificando una amplia defensa donde la tropa y el ejército mercenario irá imponiendo su estilo frente a las clásicas y ordenadas legiones. Data la contienda del pacto entre Roma y Cartago de no traspasar ciertos límites en sus conquistas que, ciertamente se incumple, dándose inicio a las guerras púnicas, el año 264 a. de C., en un fanático odio entre aquellos, que llega a la conquista de Cartago por la ciudad imperial, pues era siempre el centro de las miras, por su singular catadura, ciudad bien fortificada por la zona de tierra pero «muy poco por la mar», urbe de la que Polibio nos da la siguiente descripción:¹⁴

«Cartago la Nueva está situada en un golfo cuyo semicírculo da frente al territorio africano; la profundidad del mismo es de unos veinte estadios y su abertura de unos diez, formando una especie de puerto natural, en cuanto su entrada se halla casi obstruida por una isla que sólo deja a cada lado un estrecho canalizo. Las olas del mar se estrellan contra dicha isla, de modo que en el interior del golfo reina una perfecta calma a menos que soplando directamente el viento de África, empuje las aguas por ambos canales. El puerto está cerrado a todos los demás vientos por el continente que le rodea, y al fondo del mismo se eleva una montaña en forma de península... La ciudad es baja en su centro; por el lado del mediodía llegase a ella

14. Vid, Historia de España y sus Indias, de Vo.G. (T.P).



"Ayuntamiento de Cartagena".

por una llanura y por los demás lados la rodean colinas, dos de las cuales son ásperas y elevadas, y las otras tres de inclinación más suave, están llenas de precipicios y son de difícil acceso. Su recinto es de veinte estadios...».

Ésta es una visión que nos evoca la del mismo Cervantes que se incorpora a su grafía pétreo, incluso el erudito Cascales¹⁵, en su Discurso Primero, hace referencia a la ciudad cartaginesa, dominada por el romano, ciudad ya opulenta, según advierte Tito Livio: «situada oportunamente para pasar en África, con un puerto amplísimo para la mayor armada...». Pues no faltan descripciones de este tipo en otros cronistas que ponen de relieve su situación y riqueza, base de una opulencia digna de los emperadores romanos, también de los cartagineses que en ella imponen su cuño, saborean su legado y se enamoraron de sus hembras. Aníbal se enamora de Himilce, con la que contrae nupcias, que son recordadas por los cronistas...

Tal es la sustancia histórica, su pasado que es preciso tener en cuenta para acuñar las llamadas señas de identidad de cada zona regional, que asume una variada gama de recortes y fragmentos intensos en su hacer y en su vigor.

Ello es lo que trata de aglutinar la ciudad de Cartagena en estas fechas septem-

brinas desde el diez al veinticinco de dicho mes; una etapa para la meditación y el regocijo, donde la ciudad entera abunda sobre su ebúrnea dimensión, vistiéndose con los atavíos de los soldados de Cartago, desde el lado de las tropas o como los romanos en frenesí lógica de las legiones, para dar rienda a las sensaciones inacabadas de toda una aventura, de toda una farsa que se estabiliza y aúna en versión plástica de algo que va a fundirse entre todos sus ciudadanos. Se va a resolver todo el entramado de su historia; la densidad del tiempo pretérito que acusa los hilos de su fantasía en un ademán de nueva suerte; la que en un inicio contuvo la pericia del cartaginés Aníbal, fecundando su odio a Roma que lo secundará a lo largo de su vida, en un irremediable resentimiento eterno, la pesadilla de un héroe que, es, a su vez, reclamo y tumba abierta, engendro, estadillo y pasión que transgrede constantemente y da paso a su instinto demoleedor en la misma, heroica Sagunto, donde nuestros íberos ponen de manifiesto su esencia de mártires de la patria, cual después han de ser los de Numancia, gestual sentido de una forma de ser. Razón tenía Estrabón al meditar sobre el español, solitario y sometido a su suerte, a veces mala suerte pero experimenta en acechar al enemigo imponiéndose en la gastada geografía de sus amores. Espíritu individualista incapaz de soportar la lógica acumulativa de la asociación, en un mundo donde tan sólo priva la recia vaguedad del islote en soledad absoluta... ¡Sagunto, Numancia...! Después muchas batallas equivalentes, de dolor y siniestro...

Pero hay una fecundia en el hombre ibérico, en aquel que convive con Asdrubal y con Indibil y Mandonio. En el hombre que se somete a los Gracos y es vapuleado por el musulmán... Aquél español que en la vieja Acra Leuca, cartaginesa, o en la Bétic-

15. Discursos históricos... (Cascales).



“Ara romana”.

ca y la Lusitania apura su inteligencia para arrojarse y aprender a defenderse con unas armas importantes, aunque rústicas... Pero en todo supuesto siempre eficaces, encontradas en su misma geografía en la que habita, donde dispone de su tiempo libre y de su terror, como lo hace en la cueva y después en lo alto de las montañas, donde Viriato es el amo y señor de su espacio, desde el que es capaz de lanzar a los cuatro vientos su afán de héroe, con el son de independencia, y donde se escuchan los ecos de toda una nación incipiente, en que la vieja Cartago Hadast, después Carthagonova, va a imprimir su talante de concepción de raza, como lo son los integrantes de la Bética que asimilan costumbres de forasteros, en este caso de Cartago, con la impactante dimensión de la

diosa Tanít, Mater Magna, o de Hércules, dejándose su hondura en la misma piel de su existencia, teniendo que asimilar los otros riesgos de su propia vivencia, con el fin de enfrentarse al constante enemigo, pues ésta es su misión; la de una defensa continua, también ésta es su máxima elocuencia y su ebúrnea pasión por su tierra, por sus cosas que son las que apetece siempre a los extraños: el campo espartario, las minas de metal de Cartagena, sus frutos, etc... La vemos preñada a la ciudad de situaciones dramáticas, hombres y mujeres sirviéndose de su entorno para enredarse con la misma naturaleza y tratar de oponer resistencia al invasor; que visten con petos y corazas, de lino y cuero y mallazo, manteniendo brazaletes de metal (vilias celtibéricas), y utilizando armas rústicas pero efectivas: la espada o gladio hispaniense, que se llevaba en el lado izquierdo, la sica o daga, la securis o bipennis (hacha de dos filos), la clásica falcata y toda una serie de armas de lanzar como el asta, el bidente, la falaria y trágula, propia de los saguntinos. De no menos interés son las flechas o áparos, verutos, aclides, sudes, etc., y por supuesto eran maestros en arrojar piedras a manera de los honderos.

Todos estos hombres se podían ver por la zona Bética, los celtiberos formaban una masa humana propia para la gesta que conturba a los mismos cartagineses y romanos. Pero todo el campo de batalla se mece en estos encuentros, donde éste personaje forma parte del paisaje, anda por los vericuetos inéditos y asombra en todo momento, se une al venerable Indibil o llora junto al muro su propia muerte. Es el mismo que se ve dominado durante trece años en que Cartago somete, a la vieja Mastia, bajo el signo de los Barca, (221 a. de C. al 210)¹⁶, el que anota en su fuero interno los gestos de un Asdrubal, de un Amilcar, o de Aníbal con su típica vesti-

16. Cartha Hadath, (J. Soler Cantó), C.



“Legión”.

menta, su indomable forma de vida, casi sin dormir, yendo de un lado para otro por sus campos, mirando su puerto magno, inquieto o atraído por la dulce Himilce, pero en todo momento meditando, sudando la frente y atosigando, siendo dictador con los suyos, templando su espíritu en una contención suma, porque, en todo caso, su mirada está en Italia, va dirigida a Tesino, Trebio, a Canas, para dominar al romano. Hay figuras históricas que comprimen

su odio en una sola mirada, en la arrogancia de un deseo imperialista... Son las miradas de la tragedia y el desencanto... Anibal frente a Escipión... Todo un perímetro de humanidad contenida por el esfuerzo de la impotencia... Son las miradas de la historia, como hay otras sumidas en el lamento de los vencidos en los campos de batalla, de los inocentes, que, desde las ruinas de Sagunto o Numancia abren los coloquios posteriores, de quienes evocan los latidos, entre llamas y suicidios, al silencio de la trágala.

Sócrates murió su propia muerte, pero los saguntinos, los numantinos escucharon su propia sangre. Es el tiempo y la argucia de la tragedia.

Es el momento de una crónica que en pleno siglo XXI, se hace evocación por la propia memoria querida de los cartagenos, que saben recordar. Conocen la máxima de Enio: «Por las costumbres y los nombres de los antiguos días se conserva la república...». Por la memoria se camina, se atiende el futuro y se domina el nuevo tiempo desde el corazón latente de cada testamento...

Cartagena, la ancestral Mastia, Carthagonova, asume en el vértice de sus festejos septembrinos todo el acopio de su crónica que persiste. Es el fantasma que la domina. Todos llevamos nuestros fantasmas, los duendecillos, los dioses penates y lares, demiurgos que nos acosan y hacen revivir épocas lejanas que son contadas o renovadas en una acción distinta...

No en balde, desde la fisonomía de un periodo festivo, se van anotando los flujos del pasado a través de la palabra, mediante la expresión de unos hechos acontecidos, o por medio de la fantasía que nos muestra, en la ciudad nueva, el perfil y el olor de su momento original; de aquella urbe del siglo III a. de C., con su puerto dibujado por Polibio, tantas veces esgrimido pero no por ello alejado de su verdad geográfica. Sus centros principales, toda la urbe se ve asumida por las «tropas» y las «legiones», secundando la llamada y también por el desorden de los mercenarios húmedas capaces de ir de un lado para otro, dejándose llevar por el mejor postor... Lucen las vestimentas cartaginesas y las romanas, el yelmo de metal cubierto por pieles ásperas y pelosas, adornados con penachos y tres crestas... No es difícil ver caminar, impávido, a Anibal regocijándose con su esposa Himilce, tras celebrar bellísima boda en el Anfiteatro... o cabe observar a Asdrubal dolorido, y quizás, en una ingestión de imaginación, dar con la bella, regalada a Asdrubal quien, en gesto varonil la otorga a su amado... Todo un cuadro de primor de época, sugestivo, vibrante, donde lucen los estigmas de la

historia con el circo de gladiadores y la danza de una lucha asidua, o el mercado, y aún se dan cita las viejas orgías como enmendando la plana a los siglos venideros; aquellas fiestas que critican los seguidores de la nueva filosofía evangélica... Pero ahora es el momento del lucimiento y del desfile, de la elemental farsalia de las legiones que imprimen carácter y entusiasmo... No falta, para asombro de los espectadores, la presencia de los elefantes, como elemento esencial en la gran escena de la representación espacial cartaginesa, como cumbre de los preparativos de Aníbal en su itinerario por los Alpes... Todo se enlazaba con su razón de épica y su noble atavio de la soldadesca; más de veinte mil soldados y dos mil a caballo, entre el murmullo de aquella gente que se dedicaba especialmente al comercio. Pero es la hora del sonido de los tambores, de los heraldos que hacen apabullar sus voces en una sagrada atención a los dioses, a Tanit, formulando la alocución de los auríspedes, templando la gaita a Hércules para consagrarse a las armas ademanas bélicas, para gritar en pro de su conquista, frente a la legión romana, frente al hijo de Cornelio Escipión, quien va a enhebrar su nueva ordalia de género guerrero, entrando finalmente en la bella urbe, pese a la defensa de Magón, pese a los esfuerzos de sus habitantes... Sí. ¡Larga vida a Cartago! Honor a Aníbal, a Magón, a los combatientes que se quedan en el campo de batalla... Honor a los cartagineses, a los hijos del mar, a los tímidos comerciantes que tan sólo buscan la paz frente a los que aspiran a la conquista del orbe... Suenan los nombres para la historia, los de Asdrubal, de Magón, quien finalmente huirá a la famosa isla que lleva su nombre, muy a pesar de su intento segundo por defender a su ciudad; de Aníbal, el intrépido y desordenado... Tiembla el tiempo en todo este momento de reviviscencia, de reencontro con el pasado dejando inquieta la mente y acumulando los detalles de una



“Gladiador”.

crónica que pusieron y vuelven a poner ante nosotros, el mismo Tito Livio y Polibio, observadores, incluso recreadores de tales hazañas; de cartagineses y de romanos envueltos en una catástrofe y gloria al mismo tiempo...

La ciencia etnográfica se da cita en este momento en Cartagena para reivindicar una expresión entrañable, retomando los datos recios de la historia; el colosalismo de época, la ampulosidad gráfica de un entorno bellissimo cercado por los campamentos en la rambla de Benipila.

Como antaño, la ciudad de huella púnica y romana, se dispone a abrirse de par en par, dar rienda suelta a sus arterias y engrasar los motores que van a poner a rodar los engranajes de sus portentosas maquinarias, como si todo se convirtiera en un organismo vivo, como en verdad sume toda esta farsa teatralizada que, desde los más ancianos a los más jóvenes, nutren de alma y de duende a todo su espacio urbano, como si, de pronto, los dioses se dieran cita, otra vez, como en la época de la conquista romana; en la estancia de las legiones, emulando los grandilocuentes festejos de la misma Roma, cuando en el año 186, dio lucimiento, en el Anfiteatro a leones y panteras, primera venatio, dada por M. Fulvio, como nos confirma Tito Livio, con los ludi circensis, que se integraban por 63 panteras y 40 osos y elefantes, como símbolo de lo que será el circo en su encomio de la sangre y de la condena a las fieras. Y aún, en época de César vibra Roma con sus festejos en honor a su figura, con grandiosa fantasía

lúdica, donde la naumaquia y otros contenidos de fábula, nos traen el eco de aquellas gestas festivas en honor del padre de la patria...

Nos encontramos con todo un cuadro apolíneo en el interior urbano, de Cartagena, donde el matiz del momento nos sitúa y da ocasión para el reencuentro histórico, pero también para saborear la imaginación fabulosa de sus ciudadanos, de los integrantes de las peñas, que desde uno u otro bando, se disponen, sin odio alguno, a brillar más que su contrario, como también se dieron cita, en otro espacio litúrgico, los californios y marrajos que, como siempre, nos evocan la mar... y la pasión por sus Cristos.

Bajo el manto abúrneo de la vieja Cartago se encumbra ahora la estampa de su mejor legado, el que sus anales le han otorgado y que forma parte de la hechura de su gente y de su contenido lúdico y parafernalia, como si la urbe hubiese heredado el don del eco festivo en sus entrañas y se dispone, ahora, en estas calendas, a apoderarse de su entorno, como antaño brillaban los escudos y lucían sus yelmos. Y todo esto en un ademán de auténtica dignidad, como si de verdad estuvieran sus hombres en aquella edad primigenia, desde las consabidas horas y con el hidus amenazante, pero en todo momento ordenadas sus mentes para hacer frente al eterno enemigo, porque como antes, Cartagena, asume su plegaria

del orgullo enardecido, desde el deseo místico de ancestral venganza y heroicidad, como sintiendo su canto de cisne.

Es posible que fluya el sentimiento de la incompreensión o que se apresten las huestes en razones diversas, y aún que el otoño se sume a sus enervantes ordalías, pues el horóscopo ha señalado la lluvia anhelada, y en ese fecundo trato, hasta Aníbal increpó a los suyos señalando tiempos precisos en sus propósitos, puede que Escipión esgrima sus mejores armas de racional empate de la legión. Puede ser todo esto y hasta que los vecinos, o que los forasteros se añadan a la colosal prepotencia de las tropas; pero también puede ser que se sienta el ardor de la batalla, el fragor de la lucha abierta por las lomas y frente al Puerto, o que se envalentone todo ese espléndido cuerpo de mercenarios, que se comporten a su aire las tropas de Baal-Hammon, las de Adherbal, los navegantes de Bomilcar, de Himileón o los discípulos de Esmun¹⁷, dándose cita junto a la diosa Tanit y sus sacerdotistas. Hay un variado elemento romano, de honderos de Ebussus, de recalcitrante gente de a pie que componen la odisea, el elenco principal de una recreación plástica potente y formidable, donde la guardia pretoriana, magistrados romanos, tribunos y dioses, se dan cita; nos acompañan en todo el muestrario escenográfico del festejo, con la fragancia de la mujer que es parte esencial en todo ello, con su pose y feminidad

17. En este sentido es interesante la serie de trabajos que acoge el Diario La Verdad, en fecha de 17 de septiembre de 1996, sobre todo el que se refiere a «La arqueología, bastión para recuperar el valor cultural» y el de Cartago a Cartagena, de A. Attia, con referencia a cincuenta tropas y legiones para unas fiestas, relatando de modo ajustado la serie de elementos que integran los festejos, en razón de una amplia escenografía, como son: las tropas de Magón, los guerreros de Uxama, los Mastienos, creada en 1990, la anterior en el año 1990, los Seguidores de Asdrubal, (1990). Seguidores de Asdrubal, conquistadores de Iberia (1990), Príncipes de Mastia (1990), Tropas de Baal-Hammon (1990), Mercenarios íberos, Tropas de Aníbal, Tropas de Adherbal, Caballeros de Isis de Cartago, (1990), Naventes de Bomilcar, Tropas de Tiro, Mercenarios Celtas, Mercenarios de Lobetania (1992), Tropa de Himileón (1990), Guardia de Tanir (1992), Milenarios Ilergetes del rey Ind-ibil, Las V Colinas... Tropas de Taryesso, Hondros de Ebussus (1992), Tropa de A. Barca, Legión de Sagunto, Legión vernácula, Triunviros de Carthagonova, Amazonas de Capadocia (1991), Adoradores de Venus (1992), Fuerzas de Choque (1992), Ara Pacis. Pueblo de Massalia. Senadores Patricios, Rehenes de Cartago. Legión IV. Universitas (1992), Nova Cartago (1990). Marte y Minerva. Guardia Pretoriana, Magistrados de Roma. Argentum. Legión de Cayo Lelio. Templo de Baco (1991). Legión de Escipión (1990). Gens Numisius Collegium Imperetrum. Legión Mixta Digicia y Vigiles de Carthago Nova.

émula de las mismas vestales... Cartagena se convierte en estos días en un marco con su mejor estilo teatral: el de su crónica milenaria que es rehecha por sus hijos.

La hermosa y pintoresca urbe mediterránea, Cartagena, acopla su textura a una serie recia de viejas culturas que la realzan y otorgan una imponente personalidad, atrayente y siempre deletreando su pasado desde la nueva y hallada piedra o ánfora arrojada, por la mar, a cualquier orilla de sus playas. Cartagena mastiena, bizantina, arabesca, romana y emplazada en su rasgo monumental, deja amarse por sus hijos, los de siempre, los leales a Aníbal y a Cayo Lelio, los amantes de su crónica que es su auténtico tatuaje de siglos, que sus moradores saben releer en la ocasión de sus festejos septembrinos, rememorando la pericia de sus hombres y mujeres en la segunda guerra púnica, desde su creación en el siglo III a. de C., en que se detallan los años 223 a. de C. a la toma de la ciudad, por Scipión, el año 209 a. de C. Se trata de poner en fase del recuerdo, como sienta algún autor, la lucha tremenda entre Aníbal, el vencedor de Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas, y Roma, cuyo odio eterno lo llevará a la tumba, a la densa derrota de Zamas por Escipión. Cuando llega éste a España con su jefe Marcio, sabido es que se le colma de honores y parte, con Cayo Lelio, desde el Ebro con veinticuatro mil hombres y dos mil quinientos caballos, buscando las torres y murallas de Cartagena, junto con el tesoro de los Barca. Los cronistas hacen la semblanza de este momento en que aparece como inexpugnable, pero es tomada «en día claro y al primer asalto», teniendo en cuenta la respuesta de unos pescadores tarraconenses, quienes le habían indicado que el mejor momento era el de la bajar, cuando sopla el viento del norte y se podía vadear al lago.

Momento, sin duda álgido, de estrategia y de densa temeridad, donde los cartagineses y romanos adquieren la muerte y

la gloria, desde el centurión que salta primero a sus orillas consiguiendo la «corona mural», testimonio magno de heroísmo que se reconoce públicamente; a la corona de oro y treinta bueyes, como trofeo a su vencedor Cayo Lelio, todo ello aderezado con los festejos que se celebran.

Es la presencia vencedora de Roma la que se alza y toma contacto con sus piedras millenarias, en tanto que los cartagineses Masinisa, Magón, Asdrubal y Hannón, son derrotados. Finalmente, la victoria de Estipión en Ilipa reduce las posesiones púnicas a Gades (206 a. de C.).

Postración y honores, coronas murales a los legionarios distinguidos en el combate. Oración por Aníbal y sus seguidores, los creadores de la ciudad, procreadores de una cultura festiva y honorable. Pero ahora todo sacia su encomio hacia Júpiter tenante y Neptuno, con el sabor del fuego y del sacrificio de los gladiadores en el circo... Cuentan las crónicas, que antes de partir Escipión a Roma, quiso dejar su recuerdo en Cartagena organizando un combate de gladiadores. Los nombres de Corbis y de Orsua, atleta viejo y joven, nos ilustran de este instante de gloria y de muerte, y conviene decir que finalmente la destreza venció a la juventud inexperta.

Todo este compendio de historia va a tomar cabida en el mítico y mágico espacio urbano de Cartagena que sigue insistiendo en su honda personalidad y acoplando sus piedras a su auténtica realidad. La voz, el rumor de la batalla, las togas y los pilum las ponen sus actores, cientos de hombres y mujeres que se dan cita en sus espacios y campamentos, para pronunciar al mundo el nombre de Qart-Hadasth, y de Carthago-Nova; para recrear los símbolos de las tropas y de la legión desde su misma crónica que es su calidad y su personal requiebro, con el que Cartagena, puerto «abierto y encubierto», enamorará a Cervantes y a cuantos sentimos el calor y la odisea de nuestra más profunda mediterraneidad.

III

EL LATIDO MARIANO EN LOS FESTEJOS POPULARES DE LA REGIÓN

Si a la Virgen de la Fuensanta se la baja de su santuario en un jueves septembrino, también se la sube a su templo el martes siguiente, que suele ser el catorce, y ello conforma el tradicional fervor de los murcianos por su virgencica, a la que adora, como hemos secundado en la primera parte, prescindiendo de los otros fervores y fidelidad medieval en relación con la Virgen de la Arrixaca, a la que la Federación de Moros y Cristianos atienden en un además de confirmación de la Cantiga alfonsina dedicada a Ella, pero que por motivaciones históricas deviene en la Morenica, como patrona esencial. De todo esto se puede configurar su crónica enjundiosa. Lo cierto es el calor que cada año asume este encuentro de la Madre con sus hijos que la acompañan a su Santuario, como además de costumbre o de promesa, o como peregrinación en rogativa, para que traiga la lluvia anhelada. Se formula una plegaria como impetración de los fieles a la Virgen, como en tiempos pretéritos, donde el corazón humano del labriego implora a sus dioses el elemento tan necesario para el campo y que en este instante se ha ido pergeñando en un además de auténtica devoción, constatada en todas las expresiones de sus fieles al dirigirla a Ella, aquello de: «¡Fuensantica, que el agua es cosa tuya»¹⁸, y se dan anécdotas muy curiosas, pero plenas de significado etnológico cuando algún labrador sufriente, hace que se torne a la imagen al espacio seco, para que «... vea la Virgen, como está de seco», o aquel «Dáños el agua bendita que tanto necesita la población», o se hace la exclamación de «Fuensantica manda el agua, que ya no se moja

la Feria...». Incluso las homilias de turno van referidas a estas alusiones como demanda de algo tan básico para la huerta, ya que su ausencia delata algo trágico en el gesto del huertano: su constante preocupación por sus huertos que son el almacén de la ciudad...

Naturalmente este hecho comentado de las típicas expresiones populares dirigidas, en un plan familiar, a la Fuensantica, contiene su perfil y comentario, su auténtico significado que hay que desentrañar desde la anécdota, que va más allá, siempre, del mero suceso.

Se trata de una especie de consuelo que el campesino huertano dirige a la Madre de sus amores, a la Fuensantica que custodia en su morada junto con alguna otra imagen, como la de San Cayetano, por ejemplo, como elementos sobre los que el mismo abunda en su estremecimiento por dar salida a sus problemas y en ello hay mucho más que un fervor cálido, acaso también cierto atavismo como de sugerente talismán al que se aferra para su impetración, como también lo hacía el antiguo campesino milenar; aquel hombre rústico, sencillo y que se aturde por la presencia de los elementos naturales. Se sirve de lo trascendente para suplicar y en caso de que sus imágenes favoritas no le ayude, es capaz de enfadarse y como ha sucedido en muchas regiones italianas, poner al santo de su devoción con el rostro hacia abajo, o taparlo en tierra, en espera de que se vean resueltos sus problemas. Naturalmente todo este contenido sobre el que estamos meditando al hilo de nuestra romería, encuentra ecos en diversas regiones españolas y van surtidos con sus singulares expresiones que son síntoma de los sentimientos que anidan en los labradores, en el hombre dedicado a la faena de cavar la tierra, plantar en los barbechos y esperar

18. Se trata de expresiones que son recogidas de la propia gente que participa en la romería, están muy ligadas a esta expresión folclórica y por lo tanto forman parte de este fenómeno que se vive cada año, pero diría que cada vez con más intensidad y admiración.



a que la lluvia recompense sus esfuerzos. De esta manera los campesinos de las aldeas de Navarra, acostumbran a ofrecer romerías en honor de San Pedro para que traiga la lluvia, y como forma de obligarle, lo llevan hasta el río donde «por tres veces le invitaban a volver sobre su determinación y a concederles sus peticiones; si el santo se obstinaba, le tiraban al agua...».

Todo este ceremonial se efectuaba a despecho de los clérigos, y a veces resultaba o no, pero lo importante es el gesto popular que, como dice Frazer, no es sólo patrimonio de los países católicos, pues ya se da en otras culturas provenientes de los griegos y romanos, a través de la introducción en el agua de una rama de roble, árbol sagrado, o se estampa en el hecho de bambolear una carroza de bronce en Tesalia, o la llevada en romería hasta Roma, de la clásica piedra «lapis manalis», aspectos que se pueden citar en cantidad y aún abundan según hemos tenido la oportunidad de investigar, como maneras de un rito ancestral que se recuerda en el hecho costumbrista de nuestra romería de la Virgencica. Pero hay que reconocer que esto es algo universal, aunque con el matiz de cada región y con la expresión lingüística de quienes están sufriendo los embates del tiempo, bien por la enorme carencia de agua, cosa que se da en el levante por motivaciones amplias, pero que son tan

venerables como sus habitantes, al igual que la presencia del agua en demasía y sus efectos mediante las también clásicas inundaciones, que tanto daño han insillado en los márgenes del río Segura, el Thader romano, con sus vueltas y revueltas que, a lo largo de su crónica, se han ido deteriorando hasta gestar el nomenclator actual de su itinerario...

Y aún la tormenta y el granizo ha sido a lo largo del tiempo razón demoníaca, como se puede conjeturar de los viejos concilios que, a partir del siglo IV, dan sus contenidos en base a diatribas contra el mal o quienes se consideran sectarios y herejes, pero incluso el mismo Agobardo de Lyon, en el siglo IV, ya especifica que: «Casi todos los hombres, nobles e innobles, ciudadanos o campesinos, viejos y jóvenes, creen que las tormentas con granizo y truenos son *causadas por brujería*, mediante la cual se obliga a los demonios de las tormentas a actuar destructivamente». Porficio lo admite en su *De Abstinencia*¹⁹.

En todo caso se puede advenir cierta reminiscencia de tales asertos y sentimientos, en las prácticas de nuestros campesinos, en lugares inéditos, como lo podemos indicar de Fortuna, en zonas apartadas, concretamente en Caprés donde se decanta un siniestro flujo de la simbología de las tormentas y su ritual para apartarlas, o en la manera de posibilitar el sosiego y la anhelada lluvia.

Todo un interesante y básico contenido de algo que lleva ínsito el ser humano, que anida en su interior y hace que se transforme en una búsqueda con el más allá, lo que el hombre primitivo secundaba con las prácticas de sus magos o sacerdotes de la tribu, mediante la magia homeopática. Esto es algo revelador y se mantiene con el hombre, como signo universal.

Que en Murcia, en el medievo fuera la Virgen de la Arrixaca, o que a partir de

19. Para esta argumentación es interesante la obra de H. Chadwick en torno a Prisciliano, aprendiz de brujo.

1694, sea de la Fuensanta; es algo que queda latente y fiel a las creencias generales, que por supuesto se confirman cada año en este gesto amplio de los vecinos por consagrarse a su Virgen, con la súplica, en este caso, del agua anhelada, considerándolo como “cosa tuya”²⁰. Septiembre se apresta a efectuar todo el magno ritual de la bajada y subida de la Virgencica de la Fuensanta, consagrándose a la Madre en cuerpo y alma, a su dulce nombre que se celebra, en otro aspecto, el día ocho de este mes; tiempo dedicado a la Madre y a los ángeles desde el inicio y el final de unos días preñados de fervores y romerías, dedicados a la Virgen de la Consolación, en Molina de Segura, o se auna el fervor en Mula con la presencia litúrgica de San Felipe, y aún en Abarán se contagian sus vecinos con las fecundas romerías a sus santos patronos, Cosme y Damián. En Cehégín se delata el fervor, desde el siglo XVII, a la Virgen de las Maravillas. En Calasparra es la Virgen de la Esperanza “La Aparecida”, y en Baños y Mendigo la Virgen del Rosario...

De un lado el fervor a la Virgen, al Dulce Nombre de María que da una respuesta en España con su sentido amoroso, cuyo origen data del Papa Inocencio XI, en conmemoración de la célebre victoria contra los turcos en Viena, durante el siglo XVII. Dulce nombre que se venera en cada templo, en cada imagen de pequeña ermita donde se aúnan los anhelos de los hombres que, desde su intimidad, buscan su perfil, el de la Madre, para recogerse y solicitar dádivas. Conmemoración litúrgica eclesial que anima la práctica de romerías y atenciones sumas, en nuestros pueblos que evocan sus diversos nombres, como el de la Consolación que se custodia en Molina de Segura, en amable ermita, donde se guarda a la Virgencica que es consuelo de todos, luz de la vida, plegaria sumisa y que nos hace recordar la seña de identidad de nues-

tra ascendencia, al mismo tiempo que nos ilustra de los diversos nombres de Ella, nuestra Madre, tan amada por San Buenaventura y San Antonio de Padua, enamorados de tan “dulce nombre”, que se recoge en los grandes eremitorios bajo la advocación de Nuestra Señora la Antigua, de Monserrate, de la Milagrosa, de los Desaparecidos, etc., como signos briosos y espléndidos que retienen el néctar de la ternura y hace que a su través, la mujer sea fuerte, como la que fecunda los Proverbios, por aquello de: «¿Quién hallará una mujer fuerte? Es más preciosa que lo que se trasluce de las extremidades del mundo. El corazón de su marido pone en ella su confianza y no encontrará despojos, le pagará con bien y no con mal, todos los días de su vida. Busca casa y lino y trabajó con habilidad de sus manos...» (C. 31). Es como una imitación del ser femenino por excelencia, de la Mater Magna, de nuestra Virgen cristiana, a la que el arcángel San Gabriel la denomina María, llena de gracia, que sustituirá el bien por el mal, dejándose constancia de su fervor en diversidad de templos que sustituyen a los dedicados a diosas paganas... En todo caso es el *Dulce nombre de María* el que penetra en el tiempo y cultura de nuestra religión, donde se relata el rumor y la caricia maternal, pues en verdad que el cristiano puede sentirse dichoso al poder asir en sus momentos finales, los brazos de la Madre, de quien supo ostentar el mayor dolor, al ver a su amado hijo muerto en la Cruz. Es la Dolorosa, la Piedad, que enguye toda una tipología de esencias maternas que se citan en los diversos mitos de otras religiones, relacionados con Osiris, Diosis, etc., pero que se traducen con el aroma de una transcendencia fraternal, de efecto redentor y con la apoteosis del consuelo terrenal en el cristianismo.

Es sucinta y fervorosa toda persistencia del pueblo por sus santos patronos. Significa algo que retoma el argumento del

20. Expresión con referencia a la citada romería.



pasado cuando el humano ponía sus cosas a disposición de los dioses, incluso porfiaba e imprecaba en razón del beneficio de sus cosechas. Por ello hay que ver siempre en todas estas manifestaciones populares, una sabia concentración del espíritu para asentarse en el mantenimiento de su trabajo campesino, como una necesidad de fecundar el recio trabajo de la agricultura, solicitando de la diosa Ceres, de todos los dioses paganos, una mejor fortuna en sus beneficios, y en este sentido hay que acuñar, en toda esta simbología de santos patronos y de Vírgenes, el aliento de los antiguos ritos, a veces mediante sacrificios de animales (lo peor es cuando se utiliza vidas humanas, con doncellas vírgenes, como en las viejas culturas americanas en la llegada de la etapa floral en las Targelias y Antesterias, etc.), que supuso una posible compensación a los dioses por sus muchos beneficios. Pero con la humanización del cristianismo todo vuleve a un oficio de liturgia que se engancha en la simple rememoración del santo y en la ofrenda de dádivas a la Virgen. En este supuesto, el municipio de Molina de Segura de tanta enjundia, convoca anualmente a sus vecinos a la paz y el jolgorio del festejo aderezado con un tiempo para el teatro, en sus fechas iniciales del mes, aportando la ilusión de sus vecinos que se dan cita en auténtica eficacia masiva en sus calles, para abordar los relatos de sus cabalgatas, a modo de imitación del Bando de la Huerta murciano, con su sentido barroco y pre-

ciosos aditamentos en base a la típica carroza femenina y sensual. Hay que advertir que en esta tierra de huerta y llanura, que huele a campo de secarral, a tierras adobadas con el barro de sus lentas lluvias, desde los Valientes al Rellano, pasando por Campotejar, la Hornera, etc., se da un muestrario de caseríos auténticos que gozan de una belleza, diría que bíblica, pero a su vez nos dan imágenes de extensos terrenos calcinados y agrios, donde apenas se avista el pastor con su rebaño o un vetusto caserío roto por la apatía de sus moradores.

De la ermita de la Consolación molinense, una de tantas que forman el rosario de ermitas del pueblo, tan sólo tenemos noticias imprecisas y que aluden al siglo XVIII, en documentación fidedigna de Juan Fernández, maestro alarife de la villa, quien manifiesta a los ediles, que dicha ermita «extramuros de ella...», se encuentra en malas condiciones para la atención del ermitaño, señalando dirigirse al patrono de dicha ermita para que la repare..., «dentro de tres meses...», con señalamiento de que en caso contrario se procederá contra sus bienes... Conocemos documento por el que se señala visita de don Nicolás de Amurrio y Yunguito, juez ordinario de Causas Pias y Visitador general del Obispado, el 31 de octubre de 1756, a la ermita, entre otras, en donde constata el estado de indecencia en que las mismas se encontraban, por ser administradas por sus Patronos y que las poseían como propias, haciéndoles requerimientos a los mismos para que den cumplimiento a sus obligaciones: lo que nos muestra la situación, en este siglo, de las ermitas y el cuidado que habían de tener sus llamados patronos, que muchas veces hacían suyos los bienes de las mismas, por lo que, a veces se les encausaba en tales asuntos, por el Tribunal de Justicia.

La grata romería que hacen sus vecinos y que se dan cita en la ermita reconstruida, de la Virgen de la Consolación, da

testimonio del fervor de los molinenses a su Virgencica. Una ermita cercana a la huerta y al río, con blasón de solemne eficacia en cuanto a la acogida y perenne cita con sus fervorosos hijos, los que cada año, por estas fechas se apresuran para llevar a hombros a su patrona.

Molina es cuna de señeras tradiciones, muchas de las cuales han ido desapareciendo porque el tiempo requiere otra cosa, pero en el siglo XVIII queda delatada la existencia de danzas en torno a Navidad y se hacían los ritos de Animas e Inocentes, con su respectiva Cofradía, el día 28 de diciembre, en que la gente se vestía... «con típicos trajados de color verde y rojo y recorrían el pueblo bailando el “carracachá” después de haber llevado a cabo una cuestación en la puerta de la iglesia, en la mañana, a la salida de la misa, donde, con unos pañuelos sujetos por los picos, sonaban las monedas diciendo: los santos inocentes te lo peguen»²¹.

Cosas de otra época que, a veces se vuelven a recuperar, lo que siempre es importante, como en Mula la referencia a sus festejos enraizados en la festividad de San Felipe, sin desdorar el fervor de los muleños a su célebre Niño de Belén y la Virgen del Carmen, dentro del entorno de este robusto y apretado pueblo de raíces morunas, pintoresco y dado a las leyendas y a sus santos. Y aún en Abarán se alimenta la hondura de la festividad a sus santos patronos Cosme y Damián, cuya labor fue entrañable a lo largo de los siglos y que su fervor viene dado a la villa desde el siglo XVI, como aducen los cronistas, su fervor viene dado a la villa desde el siglo XVI²². Santos milagrosos y emblemáticos que crecen en versiones populares de esta tierra morisca, saludable y enigmática, donde entre otras cosas de da la tradición de “romper la Cuaresma”, con profusión

de muñecos de trapo dispuestos en los balcones de sus casas, y que para nosotros simbolizan un sentido de ritual pagano con versión agrícola, como sacudida a los malos espíritus para beneficiar la cosecha.

Clamor popular pues en este mes, antesala del otoño, hacia la Madre de Dios, ante la patrona la Morenica, la Virgen de la Fuensanta, cuya subida al monte el catorce septembrino, pone una nota de vibración murcianista, algo que trasciende y se palpa desde la víspera de la más tradicional noche romera, a la tarde del día en el que toda la ciudad se ilumina, huele a Fuensantica, a promesas indefinidas, a pétalos arrojados sobre su tez morena, a monólogos y diálogos amorosos que conjugan con realidades transidas de mística. Pintoresquismo en el camino hacia su Santuario bendito, reclamo de lisonjas y ademanes lucidos por el sabor de la voz que conjuga su mejor forma de llegar y consagrarse a Ella, a nuestra virgencica, patrona de Murcia y su huerta a la que se le pide, desde este espacio geográfico y mariano, a la que se la comenta las cosas y cuitas sucedidas, como si fuera una auténtica madre. Y lo es la Fuensantica cuya figura se adentra en las más señera tradición y colma los anhelos de los murcianos y murcianas que se entregan a Ella a la hora del dolor y de las alegrías. Murcia, en este día septembrino se hace plegaria, unción y color de pétalos transidos de besos y caricias a la Madre. Desde el interior de la Catedral es recogida por los romeros, en esas horas del alba, tras la misa en su honor. Después surge la resonancia de una apoteosis dolorida, porque se nos marcha, hasta el próximo marzo, a su templo, para continuar siendo vigía y ternura, ocasión siempre de las miradas más limpias y seguras. Para quedarse allí, más cerca del cielo, dominando la huerta y

21. Antonio de los Reyes, *Molina 1779*.

22. Los santos médicos en Abarán: arraigo de una devoción. Gil Molina, J. Versiones sacadas de las vivencias directas con el labrador y el campesino.



la ciudad. Pero su marcha, en el martes más tierno y humano de Murcia, más pleno de entusiasmo, se hace un redondo rumor de citas que llenan las plazas y agarrotan los balcones, camino hacia Algezares, para surcar el otro espacio del monte con sus azules y sus recodos que son los que pertenecen al murciano.

Nosotros que hemos vivido estos entrañables momentos a lo largo de nuestra vida, notamos cada vez más un vuelvo hacia la Patrona, una confirmación asidua del fervor murciano por la Fuensantica, algo que se mece en el ambiente, se huele y palpa, se nota y atestigua en la hondura de cada persona que asiste a este hermoso encuentro con la Madre. Murcia se puede decir que en esta fecha es más sultana, más auténtica, porque auna en su haber todo el timbre de anhelos de sus hijos que adoran a la Morenica. Nuestra patrona.

Desde otras tierras, desde otros lares de nuestra geografía nos asombra, a su

vez el rito de sus gentes por sus vírgenes que son sus patronas, se custodian en señeras ermitas y se adornan de color en sus efemérides más significativas. Es en Molina con la Virgen de la Consolación que profiere un lujo de atuendos y adornos en los balcones, o lo es la eclosión de los cehegineros por su Virgen de las Maravillas, imagen del napolitano Nicolás Fomeo, de la que se ha celebrado su 272 efemérides de su llegada a la villa, todo ello envuelto en tintes de milagro, en un recinto mágico y pintoresco, en el viejo Cehegín con sus señas de identidad y de gran patrimonio local. Pero es que en la pedanía huertana de Baños y Mendigo sus vecinos entonan los salmos en honor de la Virgen del Rosario, a su encuentro con la Virgen de las Nieves. Es sabido que la advocación a Nuestra Señora de las Nieves es la más antigua de la cristiandad, ya que queda refrendada en el siglo V, bajo el papa Liberio y el patricio romano Juan y su esposa, fieles a las tradiciones marianas, lo que hace que se construya una basílica en el monte Esquilino, en el sitio donde estaba pintado de nieve, en el mes estival por antonomasia; lo que por tal significado se le denomina Basílica de Nuestra Señora de las Nieves, hoy de Santa María la Mayor, de gran devoción en Roma. Su devoción la traen a España los franciscanos y se repliega por Murcia y sus pueblos, como Baños y Mendigo, Cehegín y Lorquí.

Hay una entonación a las vírgenes, a sus dulces nombres, a María, Madre de Dios y nuestra, a la que adoramos y nos entregamos, por que representa la ternura y la piedad, la feminidad y la suave dedicación.

Si julio abre sus fervores en loor de la Virgen del Carmen, marinera y sublime, agosto asume la presencia divina de la Asunción. También la Virgen de los Ángeles entona su rumor de fervores en los pueblos y villas. Y en todo caso todos estos fervores se dan cita con la celeberrima romería murcianista del día catorce de septiembre, cumbre del amor y de la gracia.